

Introducción a la semana

Lun
29
Abr
2019

Evangelio del día

Segunda Semana de Pascua

Hoy celebramos: **Santa Catalina de Siena (29 de Abril)**

“Sois la luz del mundo”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 1, 5 — 2, 2

Queridos hermanos:

Este es el mensaje que hemos oído de Jesucristo y que os anunciamos: Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y vivimos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero, si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado.

Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros.

Hijos míos, os escribo esto para que no pequeis. Pero, si alguno pecha, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.

Salmo de hoy

Salmo 102, 1b-2. 8-9. 13-14. 17-18a R/. Bendice, alma mía, al Señor

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios. R/.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.
No está siempre acusando
ni guarda rencor perpetuo. R/.

Como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por los que lo temen;
porque él conoce nuestra masa,
se acuerda de que somos barro. R/.

La misericordia del Señor
dura desde siempre y por siempre,
para aquellos que lo temen;
su justicia pasa de hijos a nietos:
para los que guardan la alianza. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 11, 25-30

En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo:

«Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien.

Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

Reflexión del Evangelio de hoy

La sangre de su Hijo Jesús nos limpia los pecados

Terminada la octava de Pascua, en la que por ocho días hemos celebrado la Resurrección del Señor escuchando lo que los evangelistas nos dicen sobre lo ocurrido el primer día de la semana, las primeras experiencias vividas por los discípulos con el Resucitado, culminando con la aparición al anochecer del primer día de la semana en la que, según San Juan, comunica el Espíritu a los Once. La experiencia Pascual, que la Iglesia vive anualmente, expresa la sorprendente manifestación de un amor entregado que nos vincula a todos con la voluntad salvífica del Padre.

Hoy la Iglesia celebra a Santa Catalina de Siena, virgen laica de la Orden de Predicadores, doctora de la Iglesia y patrona de Europa. Y al recordar a esta mujer completamente entregada a Jesucristo y a su Iglesia, reconocemos que desde la experiencia vivida por ella, somos animados a dejarnos iluminar por la Palabra y a tratar de vivir como hijos de la luz.

Vivir en la luz

El apóstol San Juan nos ha señalado en su primera carta, la necesidad de la coherencia entre lo que decimos y lo que vivimos. No estamos, ciertamente, en la plenitud de la perfección, sino en camino y por lo mismo en medio de los desalientos que pueden asaltarnos por las múltiples circunstancias adversas en que estamos insertos. El mensaje recibido: "Dios es luz sin ninguna oscuridad", abre un acceso nuevo para todos los que lo acogen. En medio de las tinieblas ha brillado la luz de Jesucristo resucitado. Una luz que no deslumbra sino que capacita para mirar con ojos nuevos la realidad de todas las cosas, la creación nueva que ha comenzado a existir gracias a la muerte y resurrección de Cristo. Esta iluminación interior recibida mediante el bautismo por el que somos incorporados a la muerte y resurrección de Jesús, nos vincula con él y establece la comunión de vida con los hermanos. Juan dirá: "entonces estamos unidos unos con otros y la sangre de Cristo nos limpia los pecados".

Reconocer nuestra condición de pecadores y la necesidad de ser lavados en la sangre de Cristo es situarse en la verdad. Una verdad, la de Cristo, que produce la liberación interior y capacita e impulsa a vivir en la libertad de los hijos de Dios. Negar que somos pecadores nos aparta de Cristo y nos priva de participar como beneficiarios de la obra de la redención. ¡Oh, feliz culpa, que mereció tal redentor! cantamos en la noche santa de la Pascua. El jubiloso pregón pascual que aclama al Señor resucitado, vencedor de la muerte y dador de la plenitud de la gracia inunda de alegría y nos pone en misión para comunicar esta alegría de modo que contagie a los otros y sea notoria su causa: El Señor ha resucitado, por eso ¡alégrate!

Sois la luz del mundo

Mateo en el sermón de la montaña recoge esta afirmación de Jesús. Los discípulos son luz del mundo y sal de la tierra. Lo son porque han acogido su palabra, a él mismo que es la Palabra salida de la boca de Dios, en la que está la vida que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Sólo se puede iluminar desde la acogida de la Palabra y el deseo de estar en comunión con ella. Catalina de Siena se lo dirá a sus sobrinas en Montepulciano en cuyo monasterio dominicano vivían: "todo lo que se hace con santo deseo y amor de Dios es oración" o lo que es lo mismo: todo lo que se desea por el amor de Dios nos mantiene en comunión con El y si esto ocurre, no cabe duda que se acrecentará la comunión fraterna. No se puede separar esta vida de intimidad con Dios de la comunión en la que Cristo nos ha establecido. La entrega de su vida para reunir a los hijos de Dios dispersos genera la perfecta comunión a la que tenemos que aspirar.

La santa de Siena así lo vivió y trabajó hasta consumirse para que la Iglesia, Esposa de Cristo, superara todas las situaciones que empañaban esta calidad de vida y misión. Canta a la Sangre de Cristo en la que hemos sido redimidos. La invoca para que la Comunidad cristiana sea consciente de lo que ha recibido y administra en favor de todos los hombres.

Estamos en medio del mundo para ser luz del mundo. Se nos ha dicho por el Señor: "Alumbre así vuestra luz a los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo". Por lo tanto ha de ser notorio para todos lo que hemos recibido y debemos considerar que esconderlo nos degrada y hace inútiles.

Santa Catalina en su tiempo actuó enérgicamente en todos los estamentos sociales y eclesiales, alertando a unos y otros para que se dejaran amar por Dios. Su compromiso con todos y en favor de todos nos alienta a los bautizados y a los que compartimos con ella el carisma de la Predicación.



Fr. Antonio Bueno Espinar O.P.
Convento de Santa Cruz la Real (Granada)

Santa Catalina de Siena

Pero, ¿quién fue Catalina de Siena? Catalina nació en el año 1347, el 25 de marzo, día de la Anunciación de la Virgen, que ese año, coincidía con el Domingo de Ramos [1], en una casa de la calle de los Tintoreros, en el barrio de Fontebranda. Sus padres Jacobo Benincasa, tintorero de pieles, hombre devoto, de quien heredó la piedad sincera y la dulzura, y de Lapa Piacenti, de la que heredó la energía y el tesón, aunque hay que reconocer que de manera más virtuosa. Matrimonio honrado que vivía holgadamente.

Catalina que tuvo una hermana gemela Giovanna, que murió poco después, es la vigésima cuarta hija de los veinticinco hijos que tuvieron sus padres. Su madre pudo criarla personalmente, cosa que no pudo hacer con los otros hijos a causa de sus frecuentes partos. Esto, en cierta manera la vinculó más a su hija, queriendo ejercer en ella una influencia excesiva.

Coincidieron sus biógrafos en destacar que era una niña alegre y bulliciosa, y en que su encanto le hacía ser el centro del cariño del círculo familiar y de las amistades. Entre el año 1353-1354, cuando contaba con cinco o seis años, hay un hecho significativo en su vida, lo que la teología moderna llama "la experiencia fundante." [2] Tiene una visión de Jesucristo, y poco después hace su voto de virginidad. Pero sobre esto volveremos.

A partir de entonces y hasta los 15 años lleva una vida de oración intensa y de sacrificios. Esto acompañado por la lucha familiar por encontrarle marido y su resistencia.

Un año más tarde ingresa como Mantellate, o Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo. Estos años se caracterizan por una intensa vida espiritual, en la que se afianza su relación con Jesucristo, y su fe se ve acriosolada por las sutiles tentaciones.

Sufre difamaciones y calumnias. Se va creando su familia espiritual: Se convierte en consejera de religiosos y nobles, laicos y gente de toda condición.

A la edad de 20 años, tiene la experiencia del desposorio místico con Jesucristo, que la confirma en su fidelidad. Tres años más tarde, cree haber muerto, y despierta con la claridad de los nuevos senderos que le manifestó Dios: Su espíritu experimenta una imperiosa sed de la gloria de Dios y se acriosa su amor a la Iglesia. En esta etapa de madurez, 1371-1372, comienza su actividad política debiendo salir a la luz pública.

Ante su fama creciente, el Capítulo de la Orden de Predicadores reunido en Florencia, la llama para examinarla, y se le asigna como director a Raimundo de Capua, dominico que llegaría a ser Maestro de la Orden y discípulo de la santa. Regresa a Siena -1374- y se dedica en cuerpo y alma a la atención a los enfermos a causa de la Peste Negra. Hasta su muerte será embajadora de la paz entre las ciudades italianas entre sí, y de éstas con el Papa. Intercedió para que éste regresara a Roma.

El 29 de abril de 1380, muere en Roma, ofreciendo su vida por la Iglesia que está dividida por el Cisma de Occidente.

Sor Lucía Caram, O. P.

[1] Jörgensen, dice que mientras en la Iglesia resonaba el "bendito el que viene en nombre del Señor", de la liturgia de ese día, la Iglesia, saludaba a la más ilustre hija de Siena, a la más amante esposa de Cristo, Benedicta quae venit.... Santa Catalina de Siena, Fontis, Buenos Aires p.31.

[2] Irrupción de Dios en la vida humana, en la existencia personal. Experiencia marca la vida de tal forma que podemos hablar de un antes y un después. La experiencia fundante, es una experiencia contemplativa.

Liturgia de la fiesta

Oración colecta

Oh Dios, que hiciste a santa Catalina
arder de amor divino
en la contemplación de la pasión de tu Hijo
y en su entrega al servicio de la Iglesia;
concédenos, por su intercesión,
vivir asociados al misterio de Cristo
para que podamos llenarnos de alegría
con la manifestación de su gloria.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

O bien:

Oh Dios, que por medio de santa Catalina
nos has enseñado a llegar
al conocimiento admirable de tu verdad
en el conocimiento de nosotros en ti
y de ti en nosotros;
concédenos por su intercesión

progresar en conocerte con tal fidelidad
que podamos amarte y servirte
cada día con mayor perfección.
Por nuestro Señor Jesucristo...

Oración de los fieles

Celebrante:

Con oración unánime
presentemos al Señor nuestras súplicas,
confiando que nos escuchará con bondad.

Por los que se han consagrado a Dios en el servicio a la Iglesia y a los hermanos, para que perseveren en su esfuerzo y colaboren con generosidad a la edificación del reino de Cristo. Roguemos al Señor.

R/ Te lo pedimos, Señor.

Por los pueblos más necesitados de bienes espirituales y materiales, para que una división justa de los bienes de la tierra les ayude a construir su propio desarrollo. Roguemos al Señor.

Por todos los que necesitan nuestra ayuda, para que a nadie falte nuestra oración y caridad fraterna. Roguemos al Señor.

Por las religiosas de la Orden de Predicadores, para que, siguiendo a santa Catalina de Siena, se dediquen a la extensión de la Palabra de Dios y al servicio generoso de la Iglesia y de la sociedad. Roguemos al Señor.

Por los que nos reunimos en esta celebración, para que la Eucaristía en la que participamos nos haga sensibles a la alegría y a la necesidad de aquellos con quienes convivimos cada día. Roguemos al Señor.

Celebrante:

Escucha, Señor, la oración de tus hijos
y concédenos desear lo que te agrada
y aceptar con amor lo que nos concedes.

Por Cristo nuestro Señor.

R/ Amén.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Señor, el sacrificio de salvación,
que te ofrecemos en la fiesta de santa Catalina;
que ella nos instruya con sus enseñanzas
para que podamos darte gracias con mayor fervor.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Prefacio

V/ El Señor esté con vosotros.

R/ y con tu espíritu.

V/ Levantemos el corazón.

R/ Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V/ Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R/ Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre Santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Y proclamar tus alabanzas en la fiesta
de la virgen y doctora santa Catalina,
a quien diste conocer
tus inescrutables secretos
y arder siempre de inmenso amor a tu Iglesia.

Ella te contempló en su continua oración

y con celo buscaba
devolver la unidad
donde había habido discordia.
Siempre humilde y obediente
exigía a la Iglesia de Cristo,
que, recordando su misión,
viviese siempre como fiel esposa suya
para presentarse ante ti sin mancha y sin arruga
al final de los tiempos.

Por eso con ella,
junto con todos los ángeles y sus compañeros los santos,
proclamamos gozosos tu gloria,
cantando a una sola voz:
Santo, Santo, Santo...

Oración después de la comunión

Señor, el alimento del cielo,
que hemos recibido
y que fue el sustento
de la vida de santa Catalina en este mundo,
sea para nosotros
prenda de gloria eterna.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Mar
30
Abr
2019

Evangelio del día

[**Segunda Semana de Pascua**](#)

Hoy celebramos: **San Pio V (30 de Abril)**

“Tenéis que nacer de nuevo”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 32-37

El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común.

Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor. Y se los miraba a todos con mucho agrado. Entre ellos no había necesitados, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; luego se distribuía a cada uno según lo que necesitaba.

José, a quien los apóstoles apellidaron Bernabé, que significa hijo de la consolación, que era levita y natural de Chipre, tenía un campo y lo vendió; llevó el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles.

Salmo de hoy

Salmo 92, 1ab. 1c-2. 5 R/. El Señor reina, vestido de majestad

El Señor reina, vestido de majestad;
el Señor, vestido y ceñido de poder. R/.

Así está firme el orbe y no vacila.
Tu trono está firme desde siempre,
y tú eres eterno. R/.

Tus mandatos son fieles y seguros;
la santidad es el adorno de tu casa,
Señor, por días sin término. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 3, 7b-15

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo:
«Tenéis que nacer de nuevo; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu».

Nicodemo le preguntó:

«¿Cómo puede suceder eso?».

Le contestó Jesús:

«¿Tú eres maestro en Israel, y no lo entiendes? En verdad, en verdad te digo: hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero no recibís nuestro testimonio. Si os hablo de las cosas terrenas y no me creéis, ¿cómo creeréis si os hablo de las cosas celestiales? Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre.

Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna».

Reflexión del Evangelio de hoy

Un solo corazón y una sola alma

La Pascua es la fiesta de la vida y el Evangelio nos dice que la vida eterna nos viene de Cristo elevado en la Cruz. Esta fiesta hemos de manifestarla con conductas similares a las de la primera comunidad de Jerusalén, presentarnos con conductas parecidas a las que tenían los apóstoles, ya que la comunidad es lugar de encuentro, de compartir la oración, de sintonizar con los sentimientos de Jesús.

El tema principal de estos versículos del Libro de los Hechos de los Apóstoles es el de la comunidad de bienes y aquí Lucas insiste en la renuncia efectiva de las riquezas. La primera lectura de hoy nos propone el ejemplo que vivía la comunidad apostólica y sus manifestaciones de fe como la unión fraterna, el compartir los bienes, la valentía de dar testimonio del Resucitado. Ahora continuamos “esta obra” cuando vivimos el mensaje de los apóstoles porque Cristo está con nosotros.

Los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma, ideal de Dios para con los hombres y mujeres, reproduciendo sobre la tierra las relaciones de amor de la Trinidad. La fraternidad, la alegría, la comunión son aspiraciones de la humanidad y forman parte del plan de Dios con nosotros. La comunión espiritual, de alma y corazón, de pensamientos y sentimientos, son las formas de concretar nuestra unión, una unidad encarnada, un estilo de vida evangélica.

Conversando con el Hijo del hombre

Jesús dialoga con Nicodemo, conversan a medianoche, presentando cuestiones mutuamente uno a otro y con respuestas profundas. Nicodemo era fariseo, magistrado judío; Jesús le llama maestro en Israel y aun siendo “un sabio” para el pueblo no comprende lo que le quiere revelar, afirmando que nadie puede realizar los signos que Jesús realiza si Dios no está con Él. Estos versículos muestran nuestra incredulidad subrayando las reacciones humanas frente a las afirmaciones divinas y, mostrando la responsabilidad del que no cree cuando se afirma “no recibís mi testimonio”.

El Evangelio invita a descubrir la vida eterna que ofrece el Hijo de Dios a todos los que crean en Él. A través de la conversación de Jesús con Nicodemo somos invitados a creer por nuestra fe en Cristo, que habla de lo que sabe y de lo que ha visto.

En la Orden de Predicadores recordamos a un hermano nuestro, italiano, fraile dominico del siglo XVI, que siendo elegido Romano Pontífice mantuvo su nombre y el hábito dominicano: Pío V, Papa; (desde entonces el Santo Padre viste de blanco). Este santo dominico vivió en su misma vida el mensaje que nos comunican las lecturas: vivió en comunidad anunciendo el Evangelio. Y parafraseando al salmista nos atrevemos a decir: “la santidad es el adorno de nuestra casa”.

Nosotros, ¿hablamos de lo que conocemos? ¿Damos testimonio de lo que hemos visto?

¿Somos capaces de pensar y sentir lo mismo, aceptando el testimonio de Jesús?

Solo se puede amar lo que se conoce. Viviendo en comunidad (familiar, eclesial, laboral) nos amamos fraternalmente. Y porque Jesucristo está en medio de nosotros, podemos seguir viviendo el mensaje apostólico.



Monjas Dominicas Contemplativas

Monasterio Stma. Trinid y Sta. Lucía (Orihuela)

San Pio V

Papa

17-1-1504 Alessandria (Italia) - 1-5-1572 Roma

Miguel Ghislieri nació en Bosco Marengo (Piamonte, Italia) en 1504 y entró en la Orden a los quince años en el convento de Voghera, tomando el nombre de Pío. Fue prior, inquisidor, obispo, cardenal y elegido Papa el 7 de enero de 1566. Restauró el culto cristiano y la disciplina eclesiástica, poniendo en práctica, sobre todo con su misma vida, las normas del concilio de Trento.

Confirmó a sus hermanos en la fe y, con el auxilio de la Virgen María mediante la devoción de su rosario, los libró de la invasión de sus enemigos. Fue egregio por su mucha virtud y entusiasmo apostólico. Murió en Roma el 1 de mayo de 1572 y su cuerpo se venera desde 1588 en la capilla del Santísimo de la basílica de Santa María la Mayor. Fue canonizado el 22 de mayo de 1712.

Semblanza espiritual

Ejemplo de pobreza, humildad e inagotable actividad, es elegido dos veces prior por los hermanos de su Orden. Todo lo edifica sobre la oración. Siendo Papa Pio V visita a pie las iglesias de Roma. Su vida testifica la palabra del apóstol Pablo: "¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en Vosotros?"

En cuanto conductor del Pueblo de Dios, vibra con las vicisitudes de los pobres, siente cariño por los cristianos de Roma, que si en un principio fueron muy entusiastas con él, después lo apreciarán como a un padre. En Roma reformó las costumbres del clero y del laicado.

Desde el momento en que es elegido Papa, conservará el espíritu y el hábito dominicano dedicándose con total decisión a poner en práctica, con el ejemplo de su vida, todas las consignas del Concilio de Trento para la reforma de la Iglesia y el bien de las almas. Estimuló la formación teológica de los clérigos en los seminarios a los que, entre otras medidas, propone la introducción de la enseñanza de la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino.

Biografía ampliada del [papa San Pio V](#).

Liturgia de la fiesta

Oración colecta

Oh Dios, que has suscitado providencialmente en la Iglesia al papa san Pío Quinto, para proteger la fe y dignificar el culto; concédenos, por su intercesión, participar con fe viva y con amor fecundo en tus santos misterios. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Oración sobre las ofrendas

Concédenos, Señor, que nos valgan de ayuda los dones que te presentamos en la fiesta del papa san Pío, ya que tú has querido perdonar los pecados del mundo mediante el sacrificio de esta ofrenda. Por Jesucristo nuestro Señor.

Oración después de la comunión

Señor, te pedimos que gobiernes con amor a tu Iglesia, alimentada en este santo sacramento, para que, dirigida con tu eficacia, sea cada vez más libre y se mantenga en la integridad de tu servicio. Por Jesucristo nuestro Señor.

Mié
1
May
2019

Evangelio del día

[Segunda Semana de Pascua](#)

“El que realiza la verdad se acerca a la luz”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 5, 17-26

En aquellos días, el sumo sacerdote y todos los suyos, que integran la secta de los saduceos, en un arrebato de celo, prendieron a los apóstoles y los metieron en la cárcel pública. Pero, por la noche, el ángel del Señor les abrió las puertas de la cárcel y los sacó fuera, diciéndoles: «Marchaos y, cuando lleguéis al templo, explicad al pueblo todas estas palabras de vida».

Entonces ellos, al oírlo, entraron en el templo al amanecer y se pusieron a enseñar. Llegó entre tanto el sumo sacerdote con todos los suyos, convocaron el Sanedrín y el pleno de los ancianos de los hijos de Israel, y mandaron a la prisión para que los trajesen. Fueron los guardias, no los encontraron en la cárcel, y volvieron a informar, diciendo:

«Hemos encontrado la prisión cerrada con toda seguridad, y a los centinelas en pie a las puertas; pero, al abrir, no encontramos a nadie dentro».

Al oír estas palabras, ni el jefe de la guardia del templo ni los sumos sacerdotes atinaban a explicarse qué había pasado. Uno se presentó, avisando: «Mirad, los hombres que metisteis en la cárcel están en el templo, enseñando al pueblo».

Entonces el jefe salió con los guardias y se los trajo, sin emplear la fuerza, por miedo a que el pueblo los apedrease.

Salmo de hoy

Salmo 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9 R/. El afligido invocó al Señor, y él lo escuchó

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. R/.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. R/.

Contempladlo, y quedareis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
El afligido invocó al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. R/.

El ángel del Señor acampa en torno a sus fieles
y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 3, 16-21

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios.

Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras.

En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

Reflexión del Evangelio de hoy

Palabras de vida

Aún impactados por los atentados en Sri Lanka y en el marco de las reivindicaciones de justicia económica y social propias del primero de Mayo, los textos que nos propone la liturgia adquieren vigencia e intensidad. Vigencia, porque las persecuciones a los cristianos causan, incluso, muchas más víctimas en nuestros tiempos, que en la época de las persecuciones a los primeros cristianos. Intensidad, porque las repercusiones de esta violencia religiosa, junto con la intolerancia y fanatismo que la genera, producen una sensación de inseguridad, desconcierto, sinrazón e impotencia muy fuertes.

El texto de los Hechos de los Apóstoles narra el encarcelamiento de los apóstoles por mandato del sumo sacerdote y los saduceos, por "un arrebato de celo". Para los judíos más ortodoxos, fieles custodios de un fuerte monoteísmo, la doctrina cristiana de un Dios-hombre es una herejía intolerable. Y, frente a los romanos, debían también mantener el orden social suprimiendo cualquier peligro de sedición. Pero la fuerza de vida del Resucitado no se puede encerrar en ninguna cárcel. Va más allá de cualquier religión, política, institución, poder o interés. En la noche de las intrigas y el uso de la fuerza, "el ángel del Señor abrió las puertas de la cárcel". Y aquel amanecer, en el templo mismo, los apóstoles se pusieron a enseñar, como el ángel les había dicho: "...explicad al pueblo todas estas palabras de vida".

Aquellos que pensaron que podían encerrar fácilmente la vida nueva, se quedaron desconcertados. Ellos, que son quienes pretenden imponer la oscuridad de sus miedos y recelos a perder relevancia o poder a aquellos que sienten como amenaza, se desorientan cuando las cosas se salen de sus manos y de su lógica. Las palabras de vida desconciertan al mal, lo mismo que el amor desconcierta al odio, el bien a la maldad. Las palabras de vida abren las puertas de la esperanza, el futuro, la justicia, las posibilidades de superar todo aquello que margina y roba la dignidad del ser humano.

Obras de la luz

El mal, cualquier mal, nunca tendrá la última palabra. Dios ya la ha dicho en Jesucristo, con su muerte. "La Palabra de Dios ya fue cumplida. El silencio de Dios está a la espera del amor de los hombres, y él quisiera que esa Palabra fuera recibida, y en comunión de amor por siempre fuera plenitud de su don que a todos diera", reza el himno del Sábado Santo. El texto del Evangelio de Juan insiste en la misión salvadora de Jesucristo, Unigénito de Dios, la luz que ilumina la verdad, el bien, a los justos.

Hoy tenemos presente un hombre justo, el hombre que va a marcar el origen humilde y trabajador de Jesús. El contraste de la figura del carpintero José, en una lejana aldea, con la potente imagen del Hijo de Dios como luz y salvación, tiene su punto de encuentro en la expresión tan joánica de "obrar la verdad". José es la imagen del hombre que obra según Dios. El amor sincero y leal, y la confianza en el Dios de la vida y la esperanza, marcaron su compromiso con aquella familia sobrevenida de lo alto. La dignidad de cada persona sencilla que vive y trabaja en lo cotidiano, comprometida con el bien de todos, ilumina con mucha claridad por dónde va eso de obrar la verdad.

No quiere luz quien obra mal. La lucha por la justicia, la igualdad, los derechos humanos, sociales y políticos, la dignidad en las condiciones de vida y trabajo para todos, el fin de la explotación de los seres humanos y la Tierra, no pueden ser temas ajenos a la fe. Son parte esencial de la misma, porque acoger la luz que es la Palabra, y no preferir la tiniebla que siembra el mal obrar en este mundo, implica comprometerse con las obras "hechas según Dios".

Quiero terminar con una palabras del papa Francisco en su Encíclica "Lumen Fidei" n.50. "No se trata sólo de una solidez interior, una convicción firme del creyente; la fe ilumina también las relaciones humanas, porque nace del amor y sigue la dinámica del amor de Dios. El Dios digno de fe construye para los hombres una ciudad fiable".



Hna. Águeda Mariño Rico O.P.
Congregación de Santo Domingo

Jue
2
May
2019

Evangelio del día

Segunda Semana de Pascua

Hoy celebramos: **San Atanasio (2 de Mayo)**

"El que acepta su testimonio certifica la veracidad de Dios"

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 5, 27-33

En aquellos días, los apóstoles fueron conducidos a comparecer ante el Sanedrín y el sumo sacerdote los interrogó, diciendo: «¿No os habíamos ordenado formalmente no enseñar en ese Nombre? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre».

Pedro y los apóstoles replicaron:

«Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. Dios lo ha exaltado con su diestra, haciéndolo jefe y salvador, para otorgar a Israel la conversión y el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que lo obedecen».

Ellos, al oír esto, se consumían de rabia y trataban de matarlos.

Salmo de hoy

Salmo 33, 2 y 9. 17-18. 19-20 R/. El afligido invocó al Señor, y él lo escuchó

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. R/.

El Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su memoria.
Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias. R/.

El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.
Aunque el justo sufra muchos males,
de todos lo libra el Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 3, 31-36

El que viene de lo alto está por encima de todos. El que es de la tierra es de la tierra y habla de la tierra. El que viene del cielo está por encima de todos. De lo que ha visto y ha oído da testimonio, y nadie acepta su testimonio. El que acepta su testimonio certifica que Dios es veraz.

El que Dios envió habla las palabras de Dios, porque no da el Espíritu con medida. El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en su mano. El que cree en el Hijo posee la vida eterna; el que no crea al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios pesa sobre él.

Reflexión del Evangelio de hoy

Obedecer a Dios antes que a los hombres

Los apóstoles ante la autoridad del Sanedrín ponen por encima de ella la obediencia a Dios. Cumplir la voluntad de Dios es más importante que cualquier prohibición humana que ostente autoridad.

No pierden la ocasión de recordarles que ellos fueron los que mataron en un madero al autor de la vida. **Y Dios lo resucitó, nombrándolo jefe y salvador para otorgarle a Israel la conversión con el perdón de los pecados.**

Esta es una síntesis de la fe apostólica que sitúa a los apóstoles en una dimensión de testimonio por medio del Espíritu que Dios da a los que le obedecen.

Los Apóstoles han abandonado el miedo, todo tipo de sucesos milagrosos le están ocurriendo, nada impide su predicación, ni siquiera el hecho de haber sido encerrados impidió que predicasen en el templo.

El abandono del miedo es el origen de la superación, es el momento de la fe, de los actos de amor, de cómo afrontar cada acontecimiento de dolor. El abandono del miedo es el origen de la libertad, de la expresión libre de nuestra fe. El abandono del miedo nos sitúa en el testimonio de la vida, podemos dar testimonio de todo cuanto amamos porque ya no hay nada que coarte su expresión.

El abandono del miedo a veces nos conduce a enfrentamientos, porque supone un cambio personal importante, que confundirá a quienes van a impedir que esos cambios sucedan. Es lo que se llama la resistencia al cambio. La gente procurará verte siempre con la idea que tienen prefijada en su mente, y toda disonancia conducirá a una tensión.

El abandono del miedo nos introduce en el camino del coraje. Habrá cosas impensables para ti a las que hoy te atreves a contradecir. El coraje y la fuerza se mostrarán más contundentes a la hora de afrontar los problemas. Ya no hay parálisis, ahora todo es creatividad y camino por andar.

El que acepta su testimonio certifica la veracidad de Dios

Hay verdades en la vida en las que uno cae en la cuenta por el mero hecho de experimentar la caducidad de las promesas hechas por los hombres. A esas verdades nos aferramos como si fuera el único testimonio que existe.

Sin embargo, hay una verdad que brota de la fe, la que da testimonio de la vida de Dios, la que se expresa con el amor y el perdón, la que nunca renuncia a los gestos de misericordia, la verdad que expresa la bondad de Dios en la piel de aquellos que se desviven en los caminos de la pobreza y del abatimiento humano. Todo árbol caído encierra en él una esperanza. La esperanza de volver a levantarse. Así pasa con el ser humano. La fe que certifica la veracidad de Dios es aquella que es capaz de levantarse para vivir.

Dios nos llama a la vida, a una vida renovada, nos resucita en el aliento vital que nos ofreció en la creación. Nos revitaliza en la fe y en la esperanza con la resurrección.

Pidamos llenos de confianza para que cada día sepamos ver la constante vocación a la vida que el resucitado nos ofrece.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

San Atanasio

Obispo y doctor de la Iglesia
Alejandría, 295/97 - Alejandría, 2-mayo-373

San Atanasio debió de nacer en Alejandría o en sus aledaños —según indica la Vida copta— por los años 295-297, de una familia griega o enteramente helenizada, y sin duda también cristiana. El obispo de Alejandría, Alejandro, puesto en contacto con los padres, se encargó de proveer a su educación. Terminada ésta, Alejandro lo incorporó a su clero. En todo caso, hacia el año 320 Atanasio había sido ya ordenado de diácono y ejercía de secretario de su obispo.

Las persecuciones de Diocleciano y sus Augustos y Césares marcaron su infancia y adolescencia: la persecución fue muy dura y particularmente sangrienta en Egipto, pero también abundosa en mártires y confesores de la fe, aunque tampoco escasearon las cobardías, lo que dio lugar al problema de los lapsi o «apóstatas arrepentidos», y al consecuente cisma de los rigoristas intransigentes, con Melecio en cabeza, frente a la postura indulgente y reconciliadora de los obispos alejandrinos: Pedro —mártir él también— y su sucesor Alejandro.

Con los monjes del desierto

Entre el final de la persecución y su ordenación de diácono, podemos situar su retiro al desierto y su primera estancia entre los monjes, como discípulo muy próximo del gran San Antonio, como el propio Atanasio confiesa en el prólogo de su Vida de Antonio. Y bien conocida es la relación entre monacato y persecución. Atanasio se movía en la órbita de la reacción de Antonio y sus monjes frente a la persecución y sus secuelas.

Probablemente fue durante esta su estancia en el retiro del desierto cuando compuso su obra en dos partes: *Contra los paganos* y *Sobre la Encarnación del Verbo*, obra ciertamente anterior a la aparición del arrianismo.

Arrio y el primer concilio Ecuménico: Nicea

Cuando Arrio inicia la exposición de su doctrina predicando en la iglesia del barrio alejandrino de Baucalis (318/ 323) Atanasio ejerce ya de secretario de su obispo Alejandro. Esto hace sospechar que fue Atanasio el redactor de la carta que Alejandro envió al episcopado de Oriente y al papa de Roma, Silvestre, comunicándoles el error de Arrio y su condena por parte de un centenar de obispos egipcios reunidos en sínodo.

El emperador Constantino convocó el primer concilio general. Quería zanjar la cuestión arriana, que había tomado ya proporciones alarmantes para la unidad del imperio, máxima preocupación suya, y de paso arreglar algunos problemas que consideraba urgentes. El concilio se reunió finalmente en Nicea, en la primavera del 325, y Atanasio acudió y tomó parte en calidad de secretario y asesor de su obispo Alejandro.

Si hemos de creer a su panegirista San Gregorio, las intervenciones de Atanasio en las sesiones del concilio fueron poco menos que decisivas, pero esto debemos ponerlo en la cuenta del propio panegirista arrastrado por su entusiasta y fervorosa admiración. Pero sí es cierto que sus discretas intervenciones debieron de tener ya bastante peso, puesto que, según San Cirilo de Alejandría y por lo que el propio Atanasio deja entrever en sus obras, ya en el concilio mismo nació la admiración de los ortodoxos, a la vez que el odio profundo de los arrianos.

Obispo de Alejandría

No tardó en recaer sobre Atanasio todo el peso de la responsabilidad eclesial y pastoral inherente al episcopado de Alejandría. Efectivamente, a mediados del año 328, moría el obispo Alejandro, y al cabo de unas semanas de sede vacante, durante las cuales parece que hubo algunas maniobras de rivales, aunque no como insinúa el historiador proarriano Filostorgio, todo el pueblo católico proclamó unánime como sucesor a Atanasio, que fue consagrado obispo de Alejandría el 8 de junio. Las dificultades provenían, sobre todo, del hecho de estrenarse un nuevo procedimiento de elección, establecido por Alejandro.

De momento, tanto los cismáticos meleciános como los herejes arrianos le dejaron en paz y en calma, como parece reflejar su primera carta pascual de 329, ventaja que él aprovechó para realizar su primera visita pastoral a su vastísima diócesis. Esta ausencia suya de Alejandría dio ocasión a los meleciános para intentar despojarle de su sede, y a los arrianos para iniciar sus ataques, más personales que doctrinales, contra él.

En otoño de 334, Constantino invitó a Arrio a personarse en la corte de Nicomedia. Arrio presentó al emperador una «profesión de fe. tan cuidadosamente equívoca —según podemos comprobar en la obra de Sozomeno— que, aun no llevando expreso el término homocuónio, podía perfectamente ser tomada en sentido ortodoxo, por lo que el emperador mandó que Atanasio reincorporase a Arrio en su puesto de la Iglesia alejandrina. Atanasio, al que no engañaba la cauta profesión de fe del hereje, se opuso a esa readmisión, lo que provocó no poco descontento en la corte imperial y general revuelo entre meleciános y arrianos.

Concilio de Tiro y primer destierro

Con el fin de apaciguar los ánimos, Constantino convocó un concilio, lo más numeroso posible, que debía celebrarse en Tiro de Palestina, en la primavera de 335, año en que coincidían el primer decenio del Concilio de Nicea y el tercero —tricennalia— de Constantino como emperador. Al concilio acudieron unos sesenta obispos, según el historiador Sócrates, pero en su gran mayoría eran partidarios de Arrio.

También compareció Atanasio, al que acompañaban unos cincuenta obispos egipcios, pero éstos no pudieron participar en las sesiones, porque no los admitieron, y Atanasio tuvo que enfrentarse solo a las graves acusaciones que le imputaban y a la parcialidad de las comisiones nombradas para investigarlas. Las cosas llegaron a tal punto en el aula conciliar que los propios funcionarios imperiales, temerosos de lo peor para la integridad física de Atanasio, secretamente lo sacaron del aula e hicieron que pudiera ocultarse en el puerto, mientras el concilio, defraudado, le condenaba en contumacia, le deponía de su sede y reintegraba a los meleciános a sus puestos.

Atanasio, pues, decidió entrevistarse personalmente con el emperador para explicarle y justificar su punto de vista y lograr que Constantino comprendiera la injusticia de la situación en que se hallaba, por causa de la sectaria actuación del concilio. Pero éste tampoco se durmió, sino que trató de adelantárselo, y así, cuando el 30 de octubre logró Atanasio desembarcar en Constantinopla, los emisarios del concilio habían llegado ya, y lograron hacer cambiar de parecer al emperador, ganado por Atanasio para su causa el día anterior.

Consiguientemente, decidido a terminar cuanto antes con aquel intrincado y peligroso asunto, el emperador resolvió desterrar a Atanasio a Tréveris, en las Galias, aunque no se atrevió a darle un sustituto para la sede alejandrina.

Muerte de Constantino y regreso de Atanasio

El 22 de mayo de 337 moría el emperador Constantino, y este acontecimiento iba a repercutir no sólo en la marcha general del imperio, sino también en la vida particular de muchos, entre ellos Atanasio. El imperio se dividió entre los tres hijos de Constantino: Constantino II se quedó con Bretaña, las Galias y España; Constante, con Italia, África y el Ilírico; y Constancio se reservó todo el Oriente. De acuerdo con sus hermanos, Constantino II, que residía en Tréveris, permitió a Atanasio regresar a su sede de Alejandría quien se apresuró a poner las cosas en su sitio. Convocó a todos los obispos católicos de Egipto para reunirse con él en Alejandría, la metrópoli. Todos juntos firmaron una carta encíclica, dirigida a todos los obispos del mundo y a los tres emperadores, a la que el abad Antonio, desde su retiro solitario, prestó como aval el apoyo de su indiscutida autoridad espiritual. Mientras tanto, los adversarios habían retirado a Pisto por considerarlo poco competitivo y habían consagrado en Antioquía, para sustituirlo, a un tal Gregorio de Capadocia, al que enviaron a Alejandría en marzo de 339, con cartas de recomendación para el prefecto de Egipto, Filagrio, que, ciertamente, tampoco veía con buenos ojos el regreso de Atanasio, por lo que apoyó al intruso e incluso lo instaló bajo la protección de fuerzas armadas. Los disturbios que esto provocó causaron heridos y hasta muertos.

Segundo destierro

Ante esta exhibición de fuerza, con tan graves consecuencias, Atanasio se sintió impotente para sobreponerse sin causar peores daños para su grey, y se vio obligado a abandonar el campo y dejar libre el paso a los adversarios. Pero no sin antes publicar otra carta encíclica a todos los obispos del mundo, como indignada protesta contra la violencia y el atropello de que había sido víctima por parte del prefecto Filagrio al introducir al usurpador Gregorio.

Ocultado en un principio entre los cenobitas, en seguida partió para Roma, invitado por el papa Julio.

Concilio de Sárdica

Vencido y muerto en la batalla de Aquilea Constantino II, el año 340, su parte del imperio, la más occidental, pasó a manos de su hermano Constante, que así se convirtió en único emperador de todo el Occidente romano. A finales de 342, los dos emperadores supervivientes, Constante y Constancio, se pusieron de acuerdo para convocar un concilio general, que definitivamente arreglase todos los litigios pendientes. Para su realización señalaron como sede la ciudad de Sárdica (Sofía, en Bulgaria), a medio camino para los dos bloques.

Convocado, los orientales se presentaron en gran número. Pero se negaron a tomar parte en las sesiones del concilio mientras en ellas participaran los obispos que ellos habían depuesto, y particularmente Atanasio. Los intentos de mediación, incluso los del presidente del concilio, el español Osio de Córdoba, fracasaron rotundamente. Osio llegó a proponerles llevarse consigo a España a Atanasio, si ellos le negaban el regreso a Alejandría, con tal que, junto con todo el concilio, reconocieran la inocencia de Atanasio. Se cerraron en su negativa y la misma noche abandonaron Sárdica, después de redactar una carta encíclica en la que se reafirmaban en sus acusaciones contra Atanasio expuestas en Tiro. Los obispos que permanecieron en sus puestos continuaron las sesiones, a pesar de ese abandono, y en ellas se ocuparon de los principales asuntos. Como el caso de Atanasio había sido ya bien estudiado y examinado en Roma, a falta de nuevos elementos de juicio, no tuvieron mayor dificultad para confirmarle como legítimo obispo de Alejandría y declararle totalmente inocente, a la vez que deponían y excomulgaban al intruso Gregorio de Capadocia. Algunos conciliares propusieron redactar un nuevo Símbolo de la fe, pero Atanasio se opuso, y con él la mayoría, porque se prestaría a muy diversas y torcidas interpretaciones, y sobre todo porque bastaba el de Nicea para fundamentar, sin equívocos ni componendas, la fe ortodoxa.

Antes de separarse, los conciliares escribieron una carta encíclica explicando los resultados del concilio, dirigida a todo el mundo, y un carta especial a la Iglesia alejandrina, para cuyo clero añadió Atanasio algunas instrucciones personales, expresando su esperanza de un pronto retorno.

Pero Constancio, filoarriano y celoso cultivador de la fidelidad de los obispos arrianos súbditos suyos, fidelidad políticamente muy necesaria para él, se puso decididamente de parte de los obispos orientales disidentes del concilio, y en consecuencia rechazó las decisiones de éste, sobre todo las de reposición de los obispos desterrados. Atanasio, pues, tuvo que permanecer todavía en el destierro unos cuantos años, que repartió entre las riberas del Danubio e Italia, y entre las Galias y Asia Menor, sin dejar nunca de estar al tanto de todos los acontecimientos y de ejercer en todas partes adonde iba un influjo verdaderamente enriquecedor en las personas y en las instituciones, en la doctrina y en la vida de las comunidades eclesiales.

Regreso del exilio

Ocurrió, pues, que los intereses políticos aproximaron las posturas de los dos emperadores, la del filoarriano Constancio y las del ortodoxo Constante, y así, por la Pascua de 344, envió éste a su hermano, que se hallaba en Antioquía, una carta en que le pedía que autorizase el regreso de Atanasio a su sede de Alejandría. De momento, Constancio se negó, pero sí permitió dejar libre al clero alejandrino deportado en Armenia, y además prometió no seguir persiguiendo en Egipto a los partidarios de Atanasio. Sin embargo, al año siguiente, muerto en junio el usurpador Gregorio de Capadocia, el propio Constancio escribió a Atanasio invitándole a regresar a su sede y recobrar su puesto. Aún tuvo que insistir con nuevas cartas. Y es que Atanasio, que por entonces se hallaba en Aquileya, no se fiaba lo más mínimo, y quiso cerciorarse entrevistándose antes en las Galias con el emperador Constante, que debió de convencerle, puesto que decidió ir a Antioquía, donde vería a Constancio, pero pasando antes por Roma para despedirse y aconsejarse del papa julio,

El emperador Constancio no sólo le recibió en audiencia, sino que le entregó sendas cartas para los obispos, clero y fieles, y para su prefecto Nestorio, redactadas en un tono amable y al parecer convincente. En efecto, después de atravesar Palestina en medio de la más cálida acogida por parte de los obispos, reunidos en sínodo, al llegar a la frontera egipcia, los mismos funcionarios que antes le buscaban como fugitivo, ahora le agasajaban y le acompañaron como escolta hasta Alejandría, donde entró el 21 de octubre de 346, en medio de un recibimiento auténticamente apoteósico, tanto que —como dice San Gregorio Nacianceno— «ni en honor de Constancio en persona se haría otro tanto», y eso que hizo su entrada, como Jesús en Jerusalén, «a lomos de un asnillo», y no en brioso alazán.

Pero Atanasio, como hemos visto, no era hombre para dormirse sobre los laureles del triunfo, y en seguida se puso a reorganizar las Iglesias y a encauzar el explosivo movimiento monástico que, de no ser integrado en la estructura eclesial, dejado a su aire podía acarrear gravísimo peligro para la Iglesia de saltar en mil pedazos. Incorporados al conjunto eclesial, los monjes se convirtieron en la más rica savia de la vida de la Iglesia, y en el mejor apoyo para Atanasio, personalmente y para sus proyectos pastorales.

Nuevos ataques de los arrianos

La nueva situación envalentonó a los arrianos, que volvieron a las andadas de su intransigencia y de su odio hacia Atanasio e hicieron llegar a Constancio nuevas acusaciones contra él, que ellos consideraban de lesa majestad, y con las mismas trataron también de ganarse al nuevo papa Liberio. A comienzos de 353, Liberio convocó en Roma un sínodo para tratar el asunto, y la respuesta sinodal fue una firme negativa a declararse contra Atanasio. Por el mismo tiempo, el propio Atanasio hizo llegar a Constancio una seria protesta, avalada por la firma de unos ochenta obispos adictos a él y a su causa. El emperador estaba ya decidido a no dejar pasar la ocasión de quitarse de encima a quien creía obstáculo máximo para su total control de Egipto y de su llave, Alejandría, para lo cual no necesitaba mucho impulso de los arrianos, eternos adversarios de Atanasio. Su respuesta inmediata fue invitar a éste a la corte, aparentando acceder a una petición que supuestamente le había hecho Atanasio, lo cual hizo que éste se pusiera en guardia, y así exigió que la invitación se le cursara por escrito y no por palabra de emissarios. Esperó en vano esta invitación escrita, mientras ocupó su tiempo en redactar una Apología a Constancio, que por entonces no le sirvió de nada.

El emperador, que por razones políticas se hallaba en los territorios de Occidente, decide aprovechar la ocasión para atacar a Atanasio por el flanco que le era más favorable y le apoyaba sin reservas. A finales del mismo año 353, desde Arlés envía sus legados al papa, conminándole a convocar un concilio en Aquileya. Este concilio se celebró en el invierno de 354, pero no en Aquileya, sino en el mismo Arlés. Constancio propuso a la firma de los padres conciliares un decreto de condena contra Atanasio. Por desgracia, salvo Paulino de Tréveris, que conocía personalmente a Atanasio y no quiso traicionarle, todos, incluidos los legados del papa Liberio, firmaron el decreto. Naturalmente, Paulino fue desterrado.

Tercer destierro

Atanasio tuvo, pues, que enfrentarse a un nuevo destierro. Pero esta vez no le dejaron en paz. Los esbirros de Constancio no dejaron de buscarlo afanosa e incansablemente durante nada menos que seis años. Siempre en vano. Fieles y monjes se desvían por él y podía cambiar de escondite a voluntad. Durante esos seis años, en ningún momento dejó él de hacer sentir su presencia a sus fieles, y a todo el mundo cristiano.

Efectivamente, de esta época proceden sus grandes obras de polemista y de teólogo. Además de sus Apologías en defensa y justificación propias, tenemos la Historia de los arrianos, para informar con exactitud particularmente a los monjes que le cobijaban, obra polémica y teológica donde no falta el humor y que alguien, por no entenderla adecuadamente, llegó a calificar de «endiablada novela cómica». También la serie de Discursos contra los arrianos, donde Atanasio nos muestra al hombre que, teniendo horror a las especulaciones filosóficas en que, dice, caen los arrianos al pretender analizar «científicamente» a Dios, con desprecio del misterio de la intimidad divina, se pone, sin embargo en su mismo plano y arguye contra esa disminución de Dios, pero siempre conservando el método propio de un pastor cuidadoso de la fe de los sencillos e insistiendo, sin sutilezas lógicas ni retóricas, en la afirmación de la divinidad del Verbo desde la revelación bíblica y la tradición eclesial. Y la Vida de Antonio, que ha merecido el título de best seller de la literatura cristiana, traducirla a todas las lenguas; en ella el amigo de los monjes, mártir del ministerio episcopal, narra la vida de un mártir de la conciencia, Antonio, el hombre de Dios cuya vida es modelo de vida monástica, ejemplo de vida cristiana y el mejor exponente y la mejor defensa de la fe nicena.

Regreso a Alejandría

El 3 de noviembre de 360 moría Constancio cuando se dirigía contra Juliano, proclamado Augusto por el ejército galio-germánico. Así, muerto Constancio, Juliano quedó, sin lucha, dueño de todo el imperio. Para comenzar su gobierno y acaso por llevar la contra a la política de Constancio, decretó una amnistía que permitió a los obispos desterrados regresar a sus sedes.

Atanasio pudo abandonar su escondite y regresar a Alejandría el 21 de febrero de 361.

Cuarto destierro

Pero tanta dicha no podía durar mucho en la trayectoria vital del gran luchador. Efectivamente, el emperador Juliano, que en adelante será conocido como Juliano el Apóstata, se lanzó muy pronto a imponer su nueva política de resurgimiento y reimplantación del «helenismo» como cultura y del paganismo como religión del Estado. Sus medidas anticristianas van dirigidas contra todos los seguidores del «Galileo», pero Atanasio le merece una atención especial. Atanasio no tuvo otra salida que volver a emprender ocultamente el doloroso y bien conocido camino del destierro, lo que finalmente realizó el 24 de octubre de 362. De nuevo halló refugio y protección entre sus amigos los monjes, y una vez más frustró las pesquisas de los esbirros imperiales.

Regreso

Sin embargo, la Providencia dispuso que este destierro fuera corto. Efectivamente, el 26 de junio de 363 moría Juliano en plena campaña bética contra los persas. El ejército proclamó emperador a Joviano, que, contrariamente a Juliano, era católico convencido y preocupado por la ortodoxia y por la unidad de la Iglesia. Una de sus primeras medidas fue escribir a Atanasio para que regresara a Alejandría, y luego le invitó a viajar a Antioquía, atenazada todavía por el cisma melecano. Poco después, en febrero de 364, moría en Dadaszan, en camino hacia Constantinopla, el emperador Joviano, y nuevamente el imperio se dividía en dos: Valentiniano, proclamado por el ejército acampado en Nicea, se reservó la parte occidental, y entregó a su hermano Valente la oriental. Aunque cruel e irritable, Valentiniano siempre se mostró tolerante en cuestiones religiosas. Su hermano, en cambio, fervoroso y convencido arriano, pronto se mostró, en esas mismas cuestiones, más bien intransigente, y pronto hizo suya la política religiosa del filoarriano Constancio. Apenas transcurrido un año de su imperio, en la primavera de 365, publicaba un edicto por el que ordenaba volver al destierro a todos los obispos amnistiados por Juliano y por Joviano.

Quinto destierro

El caso de Atanasio, siempre especial, también tuvo esta vez trato especial, pero con el mismo resultado: por quinta vez tuvo Atanasio que salir ocultamente de Alejandría, a comienzos de octubre, y acudir de nuevo a la hospitalidad de los monjes en el desierto.

Regreso definitivo

¿Quién o qué impulsó al intolerante Valente a dar la orden oficial de que Atanasio, el viejo luchador, regresara a su sede, a su ciudad de Alejandría? ¿Quizás porque veía que su figura se iba agigantando (día a día en todo el imperio, considerado como el símbolo vivo de la ortodoxia)?

Lo cierto es que Atanasio pudo volver a su Iglesia y pasar con relativa tranquilidad sus últimos años.

Fueron años fértiles en actividad pastoral y en producción literaria: mucha predicación –sermones–, amplios comentarios bíblicos y exegéticos, abundante y enjundiosa correspondencia epistolar, mediante la cual siguió interviniendo en los principales asuntos y acontecimientos de interés general, siempre en defensa de la fe ortodoxa y de las personas e instituciones que la representaban, y siempre con la incansable preocupación de promover y facilitar en lo posible la reconciliación y la unión de las Iglesias, orientales y occidentales, y de sus pastores y responsables.

Muerte

En plena actividad de su ministerio episcopal, la muerte sorprendió a este veterano y valentísimo luchador, la noche del 2 al 3 de mayo de 373, rodeado de un clero al que nunca falló y al que no había dejado de animar en la lucha por la ortodoxia; de unos monjes que tantas veces habían compartido con él no sólo techo y pan, sino también la vida, pues le consideraban uno de ellos; y de unos fieles que tantas veces le protegieron y hasta expusieron su vida por defenderle contra los soldados, a él que consideraban su verdadero padre, su «papa».

No fue mártir, pero toda su vida fue un martirio. Confesor de la fe por excelencia, en seguida, tras su muerte, fue objeto del más fervoroso y rendido culto, animado por los panegíricos de las personalidades más relevantes del momento, entre ellas San Gregorio de Nacianzo, quien, después de proclamarlo «pilar de la Iglesia» y «padre de la ortodoxia», dado que «su modo de vivir era la regla del episcopado, y su fe la ley de la ortodoxia», añade: «El fasto de sus exequias sobrepasa los honores que recibió en ocasión de su regreso del destierro, y a pesar del río de lágrimas que provoca, la idea que de sí mismo dejó en el espíritu de todos excede con mucho las manifestaciones exteriores».

Su fiesta se celebró, desde un principio, el 2 de mayo. El Concilio II de Constantinopla (553) le cita como el primero de los grandes doctores de la Iglesia.

Argimiro Velasco Delgado, O.P.

Vie
3
May
2019

Evangelio del día

[Segunda Semana de Pascua](#)

Hoy celebramos: **Santos Felipe y Santiago (3 de Mayo)**

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 1-8

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis, en el que además estáis fundados, y que os está salvando, si os mantenéis en la palabra que os anunciamos; de lo contrario, creísteis en vano.

Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía, otros han muerto; después se le apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí.

Salmo de hoy

Salmo 18, 2-3. 4-5 R/. A toda la tierra alcanza su pregón.

El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregon la obra de sus manos:
el día al día le pasa el mensaje,

la noche a la noche se lo susurra. R/.

Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
a toda la tierra alcanza su pregón,
y hasta los límites del orbe su lenguaje. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 14, 6-14

En aquel tiempo, dijo Jesús a Tomás:

«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí».

«Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto».

Felipe le dice:

«Señor, muéstranos al Padre y nos basta».

Jesús le replica:

«Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre" ? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras, Creedme: yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. Si no, creed a las obras.

En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre. Y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré».

Reflexión del Evangelio de hoy

La Resurrección, nuestra razón de ser

Hoy San Pablo nos dice de manera rotunda cual es el pilar fundamental de nuestra Fe: que Cristo resucitó y vive. Así de claro, así de sencillo ¡Y así de grande! En su carta a los Corintios les recuerda lo que les había predicado cuando estuvo con ellos: la Pasión y muerte de Jesús y su Resurrección y que todo fue para el perdón de nuestros pecados. Les relata las personas que vieron al Maestro y dieron testimonio de que estaba vivo, como queriendo reforzar sus palabras, estamos en los primeros momentos de la Iglesia y muchos de los que fueron testigos del paso de Cristo por la tierra aún vivían.

Y el mismo San Pablo narra como también a él se le apareció. El Apóstol ha sido testigo en primera persona de que Jesús está con nosotros. Y nos recuerda que es en eso precisamente en lo que se fundamenta nuestra Fe, en un Dios vivo, cercano y presente. Con esa confianza debemos abordar nuestras relaciones con Dios.

Nuestro cimiento es la fe

Tomás y Felipe nos dan la oportunidad de conocer un poco más a Jesús. Ellos le exponen sus dudas al Maestro y Él les da una respuesta que solo desde el corazón podemos entender: La unidad del Padre y el Hijo, "Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre". Y va más allá al decirles, al decirnos, que si no creemos en sus palabras creamos en las obras: "El Padre, que permanece en mí, hace sus obras. Creedme, yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras". El Dogma de la Santísima Trinidad (muy presente en este pasaje, pienso que es el Espíritu Santo el que inspira a Jesús y mueve a Jesús) es muy difícil de entender por nosotros, pero basta con escuchar atentamente las palabras de Cristo para abandonarnos a su confianza y creer sin miedo y sin reservas.

Y una vez más Cristo nos anima a pedir con confianza, a orar con la seguridad de que seremos escuchados y atendidos: "...Y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo" Es una prueba más del amor infinito que nos tiene Dios, de su Misericordia para con nosotros. Podemos no entender, podemos dudar, pero siempre tenemos que tener la certeza de que la mano tendida del Padre nos aguarda. Sé que son cosas difíciles de comprender, por eso os animo a que perseveréis en la Fe, que pidáis Fe a Cristo. La Fe es la roca fuerte en la que cimentar nuestra vida, la palanca que moverá nuestro corazón en el camino hacia a Dios y en nuestras relaciones con los demás.

"Yo soy el camino, la verdad y la vida" dice Jesús al inicio de este pasaje.... "Quien a Dios tiene, nada le falta" nos dirá Santa Teresa. Camino, Verdad y Vida ¿Qué más podemos necesitar?



D. Luis Maldonado Fernández de Tejada, OP
Fraternidad Laical de Santo Domingo, de Almagro

Santos Felipe y Santiago

Apóstoles (siglo I)

Felipe de Betsaida

San Felipe figura con todo derecho en las listas de los apóstoles que nos transmiten los primeros escritos cristianos (Mt 10, 3; Mc 3, 18; Lc 6, 14; Hch 1, 13). Tenía un nombre griego, que significa «amigo de los caballos». En los textos bíblicos Felipe se nos muestra como un discípulo decidido y dedicado a la causa, preocupado por su Maestro y por los oyentes del Maestro.

Era Felipe natural de Betsaida, corno Andrés y Simón. Seguramente compartía con ellos las tareas de la pesca. Y posiblemente compartía, al menos con el primero, una insatisfacción interior que parece haberle llevado a escuchar la predicación de Juan el Bautista. Allí le encontró Jesús. Se limitó a decirle: «Sígueme». Felipe es, en efecto, uno de los primeros llamado por Jesús (Jn 1, 43-44).

Pero la escena tiene una continuación interesante. El llamado por la voz de Jesús se convierte pronto en el eco de aquella voz. No puede ocultar el gozo de haber encontrado al que era la meta, más o menos consciente, de la larga búsqueda de su pueblo: «Felipe se encuentra con Natanael y le dice: "Hemos encontrado a aquél de quien escribieron Moisés en la Ley y también los profetas: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret"». Es cierto que Natanael no comparte el entusiasmo de quien le lanza ese anuncio sorprendente. Natanael no tiene prejuicios contra la persona, sino contra el lugar de su origen. Felipe se limita a responder: «Ven y lo verán» (Jn 1, 45-46). En las listas de los apóstoles, Mateo y Lucas lo emparejan para siempre con Bartolomé, que se suele identificar con Natanael.

Más que la afinidad puntual, interesa subrayar la ejemplaridad de aquel gesto primero. Con la decisión de Felipe se nos sugiere que ha comenzado una nueva era en la historia de la salvación. En la primera alianza uno de los verbos más repetidos invitaba a «escuchar» la palabra de Dios. Ahora ha llegado el momento de «ven al que es el mensajero definitivo de Dios. Ésa habría de ser para siempre la consigna de la misión cristiana: ¡Ven y lo verás!

Hay un momento importante en el que Felipe sale del anonimato del grupo, cuando Jesús sugiere a los discípulos que den de comer a la multitud que le sigue. Una propuesta aparentemente descabellada que les lleva a preguntarse cómo van a poder gastar doscientos denarios en pan (Mc 6, 35-37). Según el relato de Juan, es Jesús quien ha calculado las posibilidades y pregunta a Felipe cómo podrían comprar panes para la multitud (Jn 6, 5). El texto añade, preaviso: «Se lo decía para probarle, porque él sabía lo que iba a hacer».

El mismo relato nos indica que no son los discípulos, en general, sino Felipe quien se apresura a hacer cálculos sobre el costo de los panes: doscientos denarios (Jn 6, 7). Ahí parece terminar su intervención. El protagonismo lo torna a continuación su paisano y amigo Andrés. De nuevo se encuentran los dos discípulos de la primera hora en el momento de tomar las decisiones sobre el alimento de las gentes hambrientas.

También se recuerda a Felipe con motivo de la entrada de Jesús en Jerusalén, recibido como «el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel» (Jn 12, 13). Entre los que llegaban a la ciudad para celebrar las grandes fiestas de los hebreos había siempre algunos paganos que cultivaban una cierta simpatía hacia la religión de los judíos. Hasta se les permitía el acceso al primero de los atrios del templo. Algunos de esos paganos, llegados para la celebración de la Pascua, se acercaron a Felipe para decirle: «Señor, quisiéramos ver a Jesús. O, tal vez, se trataba sencillamente de judíos que vivían en la diáspora y preferían expresarse en la lengua griega, que conocían mejor. Felipe les sirvió de intérprete. Comunicó aquel deseo a Andrés y, otra vez juntos, fueron a decírselo a Jesús. Para el Evangelio de Juan, aquellos peregrinos de lengua griega parecen representar a toda la humanidad que busca al Mesías. Cuando Jesús supo cí aquél interés, pareció entrar en éxtasis. Era como si hubiera llegado para él la señal de su hora: la hora de la glorificación. Entonces pronunció la alegoría del grano de trigo: es preciso que muera en el surco para producir fruto abundante (Jn 12, 20-33).

Todavía nos ofrecen los Evangelios una última intervención del apóstol Felipe. El Maestro parece despedirse después de celebrar la cena pascual. Se presenta, una vez más, como el camino que lleva al Padre. En ese momento es cuando le dice Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta» (Jn 14, 8). Es ésa una petición que resume la oración de todos los cristianos de todos los tiempos.

La respuesta de Jesús parece un tanto destemplada. Sin embargo, no es tanto un reproche displicente al discípulo primerizo y celoso que vino de Betsaida, cuanto un aviso a todos los creyentes que viven cerca del Mensajero sin llegar a aceptar plenamente su mensaje: «¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me has conocido, Felipe?» (Jn 14, 9-10).

Felipe es un modelo permanente para el discípulo. Él es el modelo del llamado que llama. El que sabe por experiencia y transmite la vivencia. Es también el que, ante la falta de panes, duda entre los caminos de la técnica y el camino del misterio. Es el que hace de puente hacia Jesús. El que anhela descubrir el rostro del Padre. El que sabe que aún no sabe lo esencial, El que busca.

Según la *Leyenda Áurea*, el apóstol San Felipe habría sido crucificado y lapidado a la edad de 87 años.

La reproducción artística más antigua de San Felipe lo coloca en compañía de Pedro, Pablo y Tomás y se encuentra en los capiteles de la iglesia visigótica de San Pedro de la Nave (Zamora), que se remontan a finales del siglo VII. También se encuentra en compañía de Bartolomé, sentado a la derecha de Jesús, en la pintura de la última cena, pintada en una de las bóvedas del Panteón de los Reyes (siglo XII), en la basílica colegiata de San Isidoro de León.

Santiago el Menor

Junto a San Felipe, la comunidad cristiana celebra hoy al apóstol Santiago. En todas las listas de los apóstoles se menciona a un tal Jacob (en castellano antiguo Sant Yago), hijo de Alfeo, que curiosamente se encuentra siempre a la cabeza del tercer grupo de los cuatro que constituyen el colegio de los Doce (cf. Mt 10, 3-4; Mc 3, 18-19; Lc 6, 15-16; Hch 1, 13-25).

Ha sido habitual identificar al apóstol Santiago «el Menor», con uno de los parientes de Jesús y con el presidente de la comunidad de Jerusalén. Las referencias antiguas son muy numerosas y las discusiones sobre tal identificación continúan todavía.

Es muy atractiva la tentación de tratar de reconstruir el alcance y los nombres de las personas que constituyen su parentela. Su padre, Alfeo, podría ser el mismo personaje que Cleofás, el marido de aquella María, que el cuarto Evangelio sitúa al pie de la cruz (cf. Jn 19, 25). Por otra parte, el Evangelio de Marcos recuerda en ese mismo contexto a Santiago llamado «el Menor, haciendo hermano de José e hijo de una de las Marías que tuvieron el valor y la compasión suficientes para acompañar a Jesús hasta la muerte en cruz (Mc 15, 40). Esto hace creer que Santiago sea uno de aquellos que eran conocidos en Nazaret como »hermanos» o parientes de Jesús (Mt 13, 55; Mc 6, 3).

Hasta Pablo ha llegado una tradición oral que refiere cómo Cristo resucitado, tras aparecerse a Pedro, se mostró también a Santiago y a todos los apóstoles (cf. 1Co 15, 7). No se trata de un detalle sin importancia. Este recuerdo tradicional afirma y contribuye a consolidar la autoridad que Santiago conserva durante el resto de su vida entre los seguidores de Jesús.

El libro de los hechos de los Apóstoles constata la muerte del otro Santiago, «el hermano de Juan» e hijo de Zebedeo, asesinado por orden de Herodes Agripa I (Hch 12, 2). En consecuencia, el personaje que, en adelante, será llamado con ese mismo nombre, ha de referirse a otro personaje distinto, es decir al «hermano del Señor», que goza de un reconocido prestigio en la comunidad. Queriendo agradar al pueblo judío, el mismo rey Herodes Agripa haría encerrar a Pedro en la cárcel por la fiesta de los Ázimos. Al ser liberado de la prisión, el apóstol pide inmediatamente que comuniquen la noticia a Santiago y a los hermanos (Hch 12, 17). Santiago parece ser ya el jefe del grupo «hebreo» de los seguidores de Jesús que permanecen en Jerusalén. Él debió de regir aquella comunidad, después de la partida de Pedro.

Pablo nos dice que al llegar a Jerusalén en su primera visita, hacia los años 38-39, no vio a ningún otro apóstol sino a Santiago «el hermano del Señor» (Ga 1, 19). Muchos suponen que si la calificación de «apóstol» ha de entenderse en sentido restringido, se trataría de aquel mismo Santiago, hijo de Alfeo, que se encuentra en las listas de los elegidos por Jesús (Mt 10, 3).

Unos diez años más tarde, en la asamblea conocida como «concilio de Jerusalén», se discute sobre el trato que hay que dar a los cristianos que proceden del mundo griego, y por tanto pagano. En esa oportunidad, verdaderamente crucial para la disciplina y la orientación misionera de la comunidad, es Santiago quien toma la voz para dirimir la cuestión: «Opino yo que no se debe molestar a los gentiles que se conviertan a Dios, sino escribirles que se abstengan de lo que ha sido contaminado por los ídolos, de la impureza, de los animales estrangulados y de la sangre» (Hch 15, 19-20). Pablo atestigua que en esa ocasión, Santiago, Pedro y Juan, «que eran considerados como columnas», aprobaron su vocación y su misión entre los gentiles, es decir, entre los helenistas que aceptaban el Evangelio (Ga 2, 9).

A la vuelta de su tercer viaje misionero, el año 58, Pablo vuelve de nuevo a Jerusalén, donde se encontrará todavía a Santiago presidiendo la asamblea de los ancianos de la comunidad (Hch 21, 18). Seguramente es él quien, ante los rumores que circulan sobre las novedades que Pablo predica entre los gentiles, le recuerda la decisión del «concilio de Jerusalén» y le invita a participar en un rito específicamente judío que va a celebrarse en el templo.

Según el historiador Flavio Josefo, Santiago sería condenado a muerte y lapidado, hacia el año 62, por orden del sumo sacerdote Ananías II. Una leyenda, que se remonta a las Memorias de Hegesipo (siglo II), dice que fue precipitado desde lo alto de la terraza del templo que se asomaba al valle del Cendrón, donde un batanero terminó por golpearlo hasta la muerte, precisamente el día de Pascua del año 62.

Desde el siglo VI, las reliquias de los Santos Felipe y Santiago el Menor se conservan en Roma, en la basílica de los Santos Doce Apóstoles. Allí se encuentra un cuadro de Muratori que los une en el martirio. Santiago se encuentra también representado en un mosaico de la capilla Palatina de Palermo (siglo XII), así como en otro de San Marcos en Venecia (siglo XIII).

Para la comunidad cristiana, Santiago «el Menor» es una especie de puente. Representa, por una parte, la fidelidad a las tradiciones de Israel y, por otra, la necesaria apertura para admitir en el seno de la comunidad a los hermanos que proceden del paganismo. Con él se hace realidad la convicción de que Cristo ha venido a derribar el muro que los separaba y a formar un pueblo único para Dios.

José-Román Flecha Andrés

Sáb
4
May
2019

Evangelio del día

[Segunda Semana de Pascua](#)

Hoy celebramos: **Beata Emilia Bichieri (4 de Mayo)**

“Soy yo, no temáis”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 6, 1-7

En aquellos días, al crecer el número de los discípulos, los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea, porque en el servicio diario no se atendía a sus viudas.

Los Doce convocando a la asamblea de los discípulos, dijeron:

«No nos parece bien descuidar la palabra de Dios para ocuparnos del servicio de las mesas. Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría, y los encargaremos de esta tarea: nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra».

La propuesta les pareció bien a todos y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás, proselito de Antioquía, Se los presentaron a los apóstoles y ellos les impusieron las manos orando.

La palabra de Dios iba creciendo, y en Jerusalén se multiplicaba el número de discípulos; incluso muchos sacerdotes aceptaban la fe.

Salmo de hoy

Salmo 32, 1-2. 4-5. 18-19 R. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.

Aclamad, justos, al Señor,
que merece la alabanza de los buenos.
Dad gracias al Señor con la cítara,
tocad en su honor el arpa de diez cuerdas. R.

La palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra. R.

Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme,
en los que esperan su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 16-21

Al oscurecer, los discípulos de Jesús bajaron al mar, embarcaron y empezaron la travesía hacia Cafarnaún. Era ya noche cerrada, y todavía Jesús no los había alcanzado; soplaban un viento fuerte, y el lago se iba encrespando.

Habían remado unos veinticinco o treinta estadios, cuando vieron a Jesús que se acercaba a la barca, caminando sobre el mar, y se asustaron.

Pero él les dijo:
«Soy yo, no temáis».

Querían recogerlo a bordo, pero la barca tocó tierra en seguida, en el sitio a donde iban.

Reflexión del Evangelio de hoy

La Palabra de Dios iba cundiendo

Ser cristiano lleva consigo fundamentalmente dos cosas: predicar, escuchar la Palabra de Dios y cumplir la Palabra predicada. Ya desde los primeros tiempos del cristianismo hubo dificultades para llevar a cabo estas dos tareas. La primera lectura nos muestra un pequeño conflicto de convivencia entre los cristianos provenientes del judaísmo y los provenientes de los gentiles con la consecuencia de que las viudas de estos últimos no eran debidamente atendidas.

Se reunió “el grupo de los discípulos” y encontraron una solución, una solución cristiana, atendiendo tanto a la predicación de la Palabra como a sus consecuencias prácticas de atención a las viudas para lo que eligieron a siete hombres “de buena fama, llenos de espíritu de sabiduría”.

También los cristianos del siglo XXI debemos estar atentos para alimentar nuestra vida “devorando” la Palabra de Dios y viviendo todo lo que nos indica para que la ilusión y la esperanza aniden en nuestros corazones y todos los que nos rodean vean que es Cristo, el que es la Palabra, el que mueve nuestra existencia... y se animen a aceptar nuestra fe.

Soy yo, no temáis

Mateo y Marcos amplían la versión de Juan de este pasaje. Después de la multiplicación de los panes y los peces, Jesús mandó a sus discípulos ir en la barca a la otra orilla del lago, mientras él despedía a la gente y se retiraba al monte a orar. Más tarde fue a su encuentro andando sobre las aguas de lago, que se había encrespado. Los discípulos no le reconocieron y pensaron que era un fantasma hasta que Jesús les serenó: “Soy yo, no temáis”. Y la paz volvió a sus corazones. Jesús no les había abandonado. Seguía con ellos.

Una lección más de Jesús para sus seguidores de cualquier época, sobre todo, en tiempo de resurrección. Jesús resucitado está dispuesto a no abandonarnos nunca a lo largo de nuestra existencia terrena. Nada ni nadie será capaz de separarnos de su amor, de su presencia, de su ayuda. En momentos de zozobra y de oscuridad, él saldrá a nuestro encuentro para decírnos: “Soy yo, no temáis”, sigo con vosotros.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Beata Emilia Bichieri

Emilia nació en Vercelli (Piamonte, Italia) en 1238 y fue monja de clausura del monasterio de Santa Margarita, fundado con la ayuda de su padre. «Abandonó el camino espacioso del siglo», deseosa de servir al Señor por los caminos más estrechos que él le destinara. Fue varias veces priora y siempre muy servicial con todas las hermanas. Murió en Vercelli el 3 de mayo de 1314 y su cuerpo se venera desde 1811 en la catedral. Su culto fue confirmado en 1769.

Del Común de vírgenes o de religiosas.

Oración colecta

Oh Dios, que diste a la beata Emilia la gracia de buscarte solamente a ti, dejando de lado las cosas de este mundo; concédenos por sus méritos y siguiendo su ejemplo que, negándonos a nosotros mismos, te amemos con corazón agradecido.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Dom
5 May

Homilía de III Domingo de Pascua

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

“Jesús se aparece y les invita a seguirle”

Introducción

Jesús se manifiesta a los apóstoles resucitado en su trabajo diario, pescando, invitándonos a seguirle desde el servicio y la humildad, haciendo lo mismo que él hizo: “preparando la comida”, invitándonos a coger fuerzas para anunciarle a través de la Eucaristía: “vamos a almorzar” y llevando la Eucaristía a nuestra vida, haciendo de nuestra invitación a seguirle: “sígueme” una permanente Eucaristía donde compartimos la comida: un poco de pan y un pez, y también nuestra vida: “me amas, apacienta mis corderos”.

¿Qué estamos haciendo ante esta invitación?



Fr. Luis Martín Figuero O.P.
Comunidad Virgen de la Vega. Babilafuente (Salamanca)

Lecturas

Primera lectura

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 5, 27b-32. 40b-41

En aquellos días, el sumo sacerdote interrogó a los apóstoles, diciendo: «¿No os habíamos ordenado formalmente no enseñar en ese Nombre? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre». Pedro y los apóstoles replicaron: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. Dios lo ha exaltado con su diestra, haciéndolo jefe y salvador, para otorgar a Israel la conversión y el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que lo obedecen». Prohibieron a los apóstoles hablar en nombre de Jesús, y los soltaron. Ellos, pues, salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquel ultraje por el Nombre.

Salmo

Salmo 29, 2 y 4. 5 y 6. 11 y 12a y 13b R. Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor, sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. R/. Tañed para el Señor, fieles suyos, celebra el recuerdo de su nombre santo; su cólera dura un instante; su bondad, de por vida; al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo. R/. Escucha, Señor, y ten piedad de mí; Señor, socórreme. Cambiaste mi luto en danzas. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre. R/.

Segunda lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 5, 11-14

Yo, Juan, miré, y escuché la voz de muchos ángeles alrededor del trono, de los vivientes y de los ancianos, y eran miles de miles, miradas de miradas, y decían con voz potente: «Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza». Y escuché a todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra, bajo la tierra, en el mar —todo cuanto hay en ellos—, que decían: «Al que está sentado en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos». Y los cuatro vivientes respondían: «Amén». Y los ancianos se postraron y adoraron.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Juan 21, 1-19

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos. Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieras?». Se tristó Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieras?». Y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras». Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme».

Pautas para la homilía

Jesús, después de resucitar, se apareció varias veces a sus discípulos dándoles pruebas de que estaba vivo; esta es la tercera vez que lo hace y, a diferencia de las anteriores que se apareció en Jerusalén, esta vez lo hace junto al mar de Tiberíades, en Galilea.

Parece que la fe en Jesús resucitado por parte de los discípulos era ya evidente y lo que pretende con esta tercera aparición es afianzar a los discípulos en dicha fe. ¿Y por qué esta vez se les aparece en Galilea y junto al mar de Tiberíades?. Para subrayar, a través del lenguaje simbólico de la pesca, cuál debería ser la misión de los discípulos: "ser pescadores de hombre" (Mc 1,17; Lc 5, 1-11). Y descubrir, a través de esa "pesca", que el rostro de Dios se manifiesta a través de los demás. Pero, para ser buenos pescadores, no basta con que queramos salir a pescar, eso lo hicieron también Simón Pedro y los discípulos y no pescaron nada, sino que es necesario que escuchemos la llamada del Resucitado, porque sin la presencia de Jesús, sin su aliento y su guía orientadora, no hay evangelización fecunda.

Si nos fijamos bien en los discípulos a los que se apareció Jesús descubrimos que no eran más que siete: cuatro pertenecientes al grupo de los Doce y tres a los "otros". El número siete tiene un carácter simbólico expresando la plenitud y la totalidad, significando que la tarea de la "pesca" es responsabilidad de toda la Iglesia; esa es la misión de la Iglesia siendo Simón Pedro el capitán de ese barco que es la Iglesia universal, al que Jesús le pregunta tres veces si le ama, le manda "apacentar sus corderos", "sus ovejas". Y le pide: "sígueme". Ante esa petición Simón Pedro le responde: "tú sabes que te quiero", "tú lo sabes todo".

La red que no se rompe señala, por un lado, la unidad de la Iglesia y por otro, la capacidad de recibir en su seno a todos los hombres sin distinción de raza, sexo, cultura, mentalidad, religión..., a todos sin excepción. Esa misma plenitud y universalidad de la Iglesia se representa con el número de peces que cogieron: 153 (es un número triangular que procede de la suma 1+2+3..., hasta el 17. El número 17 no es simbólico pero sí lo son el 10 y el 7).

Esa primera parte del texto concluye invitando Jesús a almorzar: "vamos a almorzar". La comida preparada era un pan y un pescado, la misma comida que tenían cuando la multiplicación de los panes y los peces, y el mismo gesto: tomó el pan y lo repartió, lo mismo hizo con el pez, en una referencia directa a la Eucaristía e invitándonos a todos al partir, repartir y compartir no solo en la Eucaristía sino haciendo también que toda nuestra vida sea una Eucaristía.

Cómo podemos hacer hoy en día para que nuestra vida sea una permanente Eucaristía siguiendo las enseñanzas que nos transmite Jesús en estos textos:

Estamos en primavera, tiempo de alegría, colores vivos, esperanza, despertar de las flores y las plantas,...; la Pascua es también como la primavera para la Iglesia y en nuestros templos se nota que estamos en la primavera pascual: en el blanco de nuestras vestimentas, las flores, el agua, el cirio... Pero la Pascua también se tiene que notar en la vida de cada día. Cómo:

En esta Pascua Dios nos hace varios regalos a través de estos textos:

- Se presenta a los apóstoles resucitado y en su trabajo propio, **pescando**, fuera del templo, en la cotidaneidad de sus vidas, manifestando que a Jesús hay que ir descubriendo en nuestro día a día, en nuestro quehacer diario, en nuestro trabajo, en nuestras relaciones con los demás..., porque Jesús se nos manifiesta en la sencillez de la vida.
- Jesús también se hace presente a los apóstoles en el **servicio**; con **actitud humilde** les prepara la comida para que cojan fuerzas y puedan realizar la tarea de anunciarle. A nosotros también nos invita a hacer lo mismo: a seguirle (le dice a Simón Pedro: "sígueme") y a que demos testimonio de Él siguiendo el ejemplo que Él nos dio: "preparando la comida" a otros con la misma actitud de humildad y la misma disponibilidad como Él lo hizo.
- También **nos invita a participar de la Eucaristía**: "vamos a almorzar".
- A Pedro le da el encargo (**misión**) de amar, servir, "echar las redes"..., y eso en nombre de Jesús. A nosotros también nos pregunta tres veces si le amamos, y nos invita a apacientar sus corderos, sus ovejas y finalmente nos dice que le sigamos: "sígueme".
- ¿Qué estamos haciendo ante esta invitación?



Fr. Luis Martín Figuero O.P.
Comunidad Virgen de la Vega. Babilafuente (Salamanca)

Evangelio para niños

III Domingo de Pascua - 5 de mayo de 2019



Aparición de Jesús en lago de Tiberíades

Juan 21, 1-19

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zabedeos y otros discípulos suyos. Simón Pedro les dice: - Me voy a pescar. Ellos le contestan: - Vamos también nosotros contigo. Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: - Muchachos, ¿teneís pescado? Ellos contestaron: - No. El les dice: - Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: - Es el Señor. Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron a la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: - Traed de los peces que acabáis de coger. Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: - Vamos, almorzad. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da; y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos

Explicación

El evangelio de este domingo sigue haciendo normal la relación de Jesús resucitado con sus amigos. Él no es alguien que vivió con ellos sino ALGUIEN QUE ESTÁ con ellos. Esa presencia activa de Jesús les ayuda a echar las redes en el sitio que él les indica; les anima a no darse por vencidos a pesar de no haber tenido resultados en alguno de sus esfuerzos, y a tomar el alimento que el mismo Jesús les ofrece al concluir el trabajo. Y a Pedro que le había negado tres veces, le pone en situación favorable para que pueda afirmar, también por tres veces, que le quiere mucho. -Pedro, ¿me amas? -Sí, Jesús, tu sabes que te quiero. Hay que hacer como Jesús: crear situaciones favorables para que las personas nos digamos, de verdad, que nos queremos.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

TERCER DOMINGO DE PASCUA –C- (Jn 21, 1-19)

Narrador: En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera:

Simón: Me voy a pescar

Tomás: Espera, Simón, voy contigo

Discípulos: Nosotros también vamos

Narrador: Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla, pero los discípulos no sabían que era Jesús.

Jesús: ¡Eh, muchachos! ¿Tenéis pescado?

Discípulos: NO

Jesús: Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.

Discípulo1: Llevamos toda la noche y no hemos pescado un solo pez

Discípulo2: ¿Por qué hemos de hacerle caso? Querrá burlarse de nosotros. Es una tontería hacerlo.

Discípulo1: Tiramos la red a ver qué pasa. El fracaso ya lo tenemos. Con intentarlo no perdemos nada.

Simón: Una vez el Maestro nos hizo una invitación parecida.

Discípulo2: Probar no cuesta nada. Echémolas a ver qué ocurre.

Discípulos: Venga, probemos.

Discípulo1: ¡Cuánto pesa! ¡Estirad, estirad fuerte la red!

Discípulo2: Simón, aquel es el Señor

Simón: ¿Cómo? ¡Es verdad!

Narrador: Simón Pedro, al instante, se ató la túnica y se echo al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra ven unas brasas con un pescado puesto encima y con pan.

Jesús: Traed de los peces que acabáis de coger

Simón: Aquí tienes, Señor. ¡Y son muy grandes!

Jesús: ¿Habéis pescado mucho?

Tomás: Yo calculo que hemos pescado más de 150 peces grandes. Las redes estaban a rebosar. ¡Y no se han roto!

Jesús: Vale, venid a comer

Narrador: Comieron pan y pescado asado. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntar a Jesús quién era, porque sabían bien que era el Señor resucitado de entre los muertos.

Después de haber comido, Jesús dice a Simón:

Jesús: Simón, ¿me amas más que éstos?

Simón: Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

Jesús: Apacienta mis corderos

Narrador: Y Jesús vuelve a decirle por segunda y tercera vez a Pedro, que se pone triste:

Jesús: Simón, ¿me quieres?

Simón: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.

Jesús: Apacienta mis ovejas. Ahora, ven y sígueme.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández

